

rancho era la capital del país. Cárdenas fue sucesivamente gobernador de Michoacán —que había sido fundación de sus antepasados los indios tarascos, a cuya herencia debía Cárdenas el porte y el tipo: masivo, silencioso, amplia y pétrea frente, ojos de mirada lejana y profunda—; ministro del Interior, ministro de la Guerra. Cuando Calles decidió que Cárdenas fuese Presidente, lo fue. Era en el año 1934. Pero Lázaro Cárdenas no quiso ser el hombre de Calles, ni el simple representante del envejecido y esclerotizado grupo de los ex combatientes de la revolución. Cárdenas barrió el anticlericalismo que habían mantenido los viejos revolucionarios, pero también restableció la fuerza sindical —apoyándose en Vicente Lombardo Toledano, comunista prosoviético— y decidió por primera vez la reforma agraria, que Calles había desechado. Cárdenas repartió veinte millones de hectáreas, redistribuyó los latifundios, creó los ejidos, o explotaciones comunales, y, en suma, hizo comprender al abandonado sector agrario que la revolución significaba algo más que una retórica de aniversario. El pacto con la Iglesia, el apoyo en los obreros industriales, a los que dio por primera vez un sindicalismo honesto; la adhesión de los campesinos, le dieron base para ser realmente el hombre fuerte del país. Así asegurado, emprendió la obra más difícil de su vida: la nacionalización del petróleo, en 1936. Gran Bretaña rompió entonces las relaciones con Méjico. Los Estados Unidos prefirieron utilizar las presiones económicas y las manipulaciones políticas. Pero Cárdenas creó la «Pemex» —petróleos mejicanos—, y la Financiera Mexicana, destinada a inversiones estatales para la creación de industrias y la expansión del sector secundario. La experiencia no tenía precedentes en América Latina, ni tuvo imitaciones hasta la revolución de Cuba (Cárdenas se consideraba a sí mismo como precursor de Castro). Pero tampoco dudó en enfrentarse con Stalin: concedió asilo a Trotsky y le dotó de protección (finalmente inútil, pues que, como se sabe, Trotsky fue asesinado en Méjico). En 1939 abrió su país a los exiliados españoles, y no sólo mediante la concesión de derecho de asilo, sino abriéndoles las puertas a los puestos de trabajo. Entre estos exiliados Cárdenas es una figura inolvidable. En 1940 Cárdenas cesó en la Presidencia, comenzó su decadencia y comenzó también la degradación de la revolución. La presión de Estados Unidos y la Segunda Guerra Mundial, luego la guerra fría, variaron el panorama político de Méjico. Retirado desde 1945, Cárdenas fue todavía una esperanza de la izquierda. En 1955 le dieron el Premio Lenin de la Paz; en 1966, Bertrand Russell le nombró del Tribunal de Estocolmo que debía juzgar los crímenes de guerra en Vietnam. Se dice que aún ejercía una enorme influencia sobre los círculos gubernamentales, y que a ella se debía el que Cuba continuase siendo reconocida por Méjico —aunque el reconocimiento era puramente formulario—. Se ha dicho también que

Lázaro Cárdenas era el último obstáculo que quedaba para que se iniciasen relaciones diplomáticas normales entre Méjico y España, y que, al morir, las negociaciones ya entabladas avanzarían rápidamente.

La muerte de Belkacem

La revolución argelina acaba de devorar uno de sus hijos: Krim Belkacem, asesinado en un hotel de Frankfurt. Cabileño —de la Kabilia, la zona montañosa que suministró los más bravos guerrilleros en



Krim Belkacem.

la guerra de independencia—, hijo de un guardia jurado, cabo del ejército francés, Krim Belkacem se incorporó a la lucha en 1947: tuvo fama de duro. En 1956 fue uno de los miembros del Consejo Revolucionario de Unidad de Acción, que reunía a los «jefes históricos» —casi todos asesinados o dispersados después—, y luego ministro de la Guerra con Ben Bella, después de haber dirigido las negociaciones de Evian para la independencia de su patria. Su primera rebeldía fue la ruptura con Ben Bella, de la que partió al exilio en 1962. Tras el golpe de Bumedian, Krim Belkacem regresó a Argel, pero se rebeló de nuevo y tuvo que regresar al exilio. Desde el extranjero, Krim Belkacem dirigía una fuerza argelina de oposi-

ción, que en el interior parece tener sus principales raíces en la Kabilia. El año pasado, un Tribunal de Orán condenó a muerte a Krim Belkacem —y a otros cincuenta acusados—, por haber solicitado ayuda de Estados Unidos y de Israel para derribar por la fuerza el gobierno. La idea general de Krim Belkacem y su MDRA era la de crear una «Suiza mediterránea», un país neutral, liberal y democrático, pero creía que el terrorismo y la violencia eran los únicos caminos posibles para tomar el poder en Argelia. Hace unos días salió para Frankfurt, donde tenía una cita de carácter más bien misterioso. Sus amigos que le vieron por última vez dicen que Belkacem se mostraba profundamente preocupado por esta cita, cuyos detalles no dio. Se alojó en

el hotel Intercontinental, junto con otros tres norteamericanos. Ha sido hallado estrangulado, y los otros tres hombres han desaparecido. Se vuelve a emitir, con respecto a este asesinato, una hipótesis que ya circuló cuando otro jefe histórico, Mohammed Jidder, fue asesinado en Madrid, hace tres años: la existencia de un tesoro de varios millones de dólares, recaudado en la época de la guerra de independencia y que nunca ha sido llevado al país. Por ese tesoro, se dice, lucharían los exiliados. Hay quien supone que esta explicación es mítica y se dirige a encubrir los asesinatos como un «arreglo de cuentas» entre los miembros de la oposición, de forma que al mismo tiempo que se les desprestigia se trata de privar a los asesinatos del carácter político.

